

REVISTA GADITANA.

Número 34.

El siguiente artículo merece ocupar la atención pública. Del mismo asunto hablaremos, con mas estension, en la REVISTA ANDALUZA.

DEL SISTEMA

DE BANCOS DE PROVINCIA

No basta á los gobiernos designarse como conservadores, ni á sus agentes el manifestar intenciones conciliadoras, ni á la imprenta el llenar sus columnas con argumentos teóricos sin aplicacion; no basta tampoco trabajar leyes que una sociedad sin lustre no puede ni hacer respetables ni duraderas; es necesario á los gobiernos crear intereses conservadores en el pueblo, intereses materiales y positivos, ligar la suerte del capitalista, del comerciante, del agricultor, del propietario, del industrial y de la clase media en la prosperidad del pais, imposible de desarrollarse sin orden y sin tranquilidad; es necesario que la riqueza refluya y se haga palpar en las masas para que el jornalero y el artesano tengan un interes directo y personal en la quietud social y en la estabilidad del gobierno establecido.

Una de las cosas mas indispensables

para llenar objetos tan caros, seria el establecimiento de «un centro comercial» en cada una de las capitales ó puntos de provincia cuya posicion é importancia de giros, permita y exija la existencia de «un banco de descuentos» que responda á todas las necesidades mercantiles é industriales de la poblacion, que establezca una cadena relacionada de negocios propia á ser útil á la vez á los accionistas que emprendan la operacion con el privilegio temporal del gobierno, al comercio que vivifique su socorro, y al Estado en fin que autorice tan útiles y meritorios conatos.

Bancos que emitiendo billetes al portador, pagaderos diariamente á la vista simplifiquen las transacciones mercantiles, y aun aborren visiblemente multitud de brazos, y dependencias onerosas que las casas de comercio necesitan en el estado de cosas actual para tener al corriente el mecanismo y la contabilidad. Bancos en fin, que para aliviar y socorrer la clase menesterosa, operen, si es menester, y por sumas limitadas y á condiciones fáciles y generosas, hasta como Monte de Piedad, á un interes noble y moderado.

Es increíble que en una monarquía vecina de la Francia se hallen aun puntos como Barcelona, Cádiz, Sevilla y otras plazas de primer orden, desposeídas de un papel moneda al portador, que multiplique los valores y facilite re-

cursos al comercio, y que sea necesario á veces emplear horas y dias en contar la plata menuda y calderilla para los reembolsos de letras de cambio ó billetes de giro! Menester es que la guerra haya paralizado los deseos y las intenciones del gobierno, para que este no se haya dedicado como á cosa urgente al establecimiento de estos bancos que deben ser tan útiles á la administracion y aun ahorrarle grandes sumas, en disminucion de comisiones, de cambios y hasta de empleados!

¿Quien no ve que los bancos de provincia podrian encargarse en cuenta corriente de la espedicion de ciertas rentas públicas, como papel sellado, loterías, bulas y otros recaudos: adelantando fondos sobre estas consignaciones como sucede en Inglaterra, cuyo banco es el brazo derecho del tesoro real? ¿Qué manantial de recursos no se procuraria el gobierno con estos establecimientos, sin faltarle en ningun caso, ni bajo pretexto alguno, aquella independendencia que es indispensable para que puedan inspirar en el público una confianza saludable!

El ministro de Hacienda podria con una facilidad maravillosa, llevar á cabo desde luego el planteo de bancos en Barcelona, Cádiz y Sevilla bajo un capital, cada uno de diez millones de reales vellon; y en Bilbao, Santander, la Coruña, Valencia y Málaga bajo un fondo de seis millones solamente atendida la importancia de cada plaza, y sin perjuicio de dotar á Granada, Alicante, Córdoba, Badajoz, Búrgos y otros puntos, en lo sucesivo, de iguales establecimientos, ó de aumentar el capital primitivo de los ya en práctica, si asi lo demostrase útil la experiencia; hay medios muy sencillos y fáciles al alcance de los gobiernos.

El ministro de Hacienda con una idea decidida é irresistible, deberia diri-

jirse en nombre de S. M. á los respectivos consulados, para impulsarlos á emprender la suscripcion de acciones, á fin de llenar el capital fijado; ademas deberian circularse instrucciones á los gefes politicos, para ofrecer en nombre de la reina, honores, decoraciones y hasta títulos de Castilla, á aquellos capitalistas cuyo sello y prestigio decidan de la realizacion del proyecto, el gobierno seria sagaz, si desde luego ofreciese suscribir el mismo, por un diez por ciento del capital (salvo el derecho de negociar su interes cuando le conviniere) pues que inspiraria cierta confianza con su ejemplo, y los Bancos podrian instalarse asi con suma rapidéz.

El establecimiento de los ocho bancos enunciados importaria un capital de sesenta millones de reales, cuyo 10 por 100 que el gobierno suscribiese se reduciria á seis millones de reales, y ya se sabe que el capital de estas acciones no se entrega sino poco á poco y á plazos cómodos y prolongados. Para garantia de los caudales el gobierno daria á los establecimientos de bancos toda la proteccion necesaria, incluso una guardia de seguridad, pues el vandalismo que reina en el pais, no permitiria de otro modo el abandono de intereses públicos; debiendo apuntar con este motivo cuanto útil seria en España la creacion de una brigada general de seguridad pública organizada militarmente, y compuesta de veteranos cumplidos de ejército, y de una fuerza numérica respetable diseminada en todas las provincias; por todas las cabezas de partido, y en todas las comarcas y villas de campaña para la seguridad y vigilancia pública, hoy tan comprometida y abandonada, no solo en los caminos, sino aun en poblado.

Una brigada de 24,000 hombres bien organizados y dirigidos podrian contribuir eficazmente á esterminar el robo y

los asesinos, y á asegurar en España el orden y la tranquilidad pública, de seguridad personal, y la situación convida al extranjero á visitar nuestras bellezas y nuestras curiosas antigüedades, derramando en el país su industria y sus capitales. El pueblo contribuiría gustoso á todo lo que fuese necesario para lograr objetos tan interesantes, el pueblo no se niega jamás á sacrificios que le producen ventajas ciertas y materiales.

Estos planes valdrian mas para asegurar el orden que todas las leyes y constituciones que en una sociedad sin base quedan espuestas, como un buque sin gravedad á los vaivenes caprichosos de los temporales. La España no puede ser feliz ni consolidar su estado político; sin que el gobierno se aplique con antelación á facilitar medios de impulsar el comercio, la industria y la agricultura, nada mejor que los intereses materiales pueden ligar al hombre en la sociedad, el hombre ocioso y sin objeto ú ocupacion útil, es una plaga entre sus semejantes. Dedíquese, pues, el gobierno á mover los resortes, que multiplicando capitales y dando nueva vida al comercio, empleen brazos infructuosos é ingenios fecundos, aplicados hoy desgraciadamente á teorías políticas y á intrigas, no pudiendo prometerse ventajas en otras labores sin ilusion, sin porvenir y sin risueña perspectiva en el estado monstruoso de imperfeccion administrativa y de desorganizacion actual de cosas. *(Guardia Nacional.)*

PEPITA M....

I.

MI AMIGO.

Pascábame solitario sobre las tumbas del

cementerio y por entre las herbáceas que crecen ufanas á espensas de los restos de los hombres. Los últimos rayos del Sol, que iba á ocultarse de los montes, tenían debilmente los esqueletos y figuras pintoreadas en las bocas de sus nichos, comunicándotes un no sé que de tétrico y sombrero que embelesaba mi lúgubre imaginacion. Mis ojos contemplaban aquellos indelebles mármoles que nos recuerdan la grandeza y virtudes de los que ya no son; y mi mente estaba sumergida en tristes reflexiones.

Un jóven de alta figura, embozado con su capa y al que hasta entónces no habia visto, vino á distraerme. Quizas era un desconocido para observarle, cuando se lanzó en mis brazos exclamando; necesitaba un amigo y el Cielo me lo ha concedido. Di un grito de sorpresa al reconocer á Gerardo, pero ¡Cielos! ¿en qué estado!

No habia visto á mi amigo desde que ambos habiamos salido del colegio, conoció mi sorpresa y para sacarme de ella me habló de esta manera. Ya te acordarás de aquellos tranquilos días en que nuestros corazones se comunicaban mutuamente. El juego y las travesuras eran todo nuestro objeto sin cuidarnos del porvenir; nuestros sueños eran tranquilos y risueños. Te acuerdas de aquel día que soñando derribé el candil? pensando hurtar las almendras al repostero Bartasar, pues aquellos días se pasaron con sus almendras y con sus diversiones. Habiendo salido del colegio conocí que no faltaban para ser felices las travesuras de la infancia; mi corazon empezó á sentir otras necesidades. Fui á vivir con mis padres en una aldea en donde teniamos por vecina una jóven de singular hermosura, la vieron mis ojos, y conocí entónces que me faltaba descubrirle lo que pasaba en mi corazon; plutéle mi amor y mis afectos pero ¡ay de mí! no tuve otra respuesta que su frialdad y mi desengaño.

Gerardo es necesario que la olvides.

Olvidarla? me respondió ¡jamás! es imposible. Si tú supieras que cosa es amar como yo amo! Si vieras cuan profundamente grabada está su imagen en mi corazon! ¡Ah! En mis ocupaciones solo veo á ella, ella me sigue en mis paseos solitarios, y en ella cifro mi porvenir.

Con todo has de convenir que esto es efecto de una imaginacion exaltada.

¿Será efecto de mi imaginacion el no hallar gusto donde ella no está, serme insípidas las reuniones que ella no frecuenta, martirios las diversiones á que no asiste?

¿Y tus padres aprueban tu amor?

¿Y que importarian mis padres si Pepita me amase? Pero me amará, tiene un corazon sensible y me compadecerá, verá lo grande de mi afecto y me amará. Y cuando me ame, cuando sea dueño de su corazon, oh! me proclamaré el joven mas dichoso del Universo.

Conocí que nada podria sacar por entónces de mi amigo, y esperé que el tiempo y los desengaños le volverian la razon y la perdida tranquilidad.

II.

LA AZUCENA.

Con que señorita, ¿siempre desprecia-
reis á Gerardo.

No, ama, yo no le desprecio, ni le es-
timo tan poco que quiera engañarle; pero
yo nunca le amaré.

Tan ingénuu como cándida Pepita nun-
ca hubiera sabido manifestar á Gerardo una
pasion que no sentia; darle la mas peque-
ña esperanza hubiera sido para ella un in-
sulto á la verdad. Tenia Pepita 19 años
y su inocencia corria á la par con sus gra-
cias, sus cabellos de ébano formaban con-
traste con las rosas de sus mejillas y sus
grandes ojos negros, con su mirar lángui-
do, dejaban entrever una imaginacion con-
templativa.

Cándida como el pensamiento de un in-
fante, sencilla como su corazon, é ingénuu
como la verdad, se habia merecido de to-
dos el dictado de «Azucena.» La sonrisa que
salia frecuentemente de sus labios delica-
dos era alegre, y aunque educada con al-
gunas comodidades, no habia paralizado el
egoismo el desarrollo de los sentimientos
del alma; al contrario de su hermana á quien
el Cielo habia infundido una de estas ima-
ginaciones tiernas y contemplativas que hu-
yen de las necesidades de la vida é inci-
den con facilidad en los delirios generosos
de la passion y el entusiasmo.

Ciertamente, señorita, que no os com-
prendo; joven y una de las mas hermosas
de la capital, atrayéndoos todos los obse-
quios de los elegantes, habiendo hablado
de vuestras gracias periódicos de tertulia,

cuando muchos jóvenes os han ofrecido su
corazon, mostráros tan fria é indiferente
para Gerardo.

¡Ah Teresa! no es tan frio mi corazon
como decís, si revolviérais la ceniza que le
cubre, hallárais ascuas ardientes y consu-
midoras. Voy á depositar en vos mis se-
cretos.

Era el día 25 de Enero de 1838. El
templo gótico de San Pablo como que ce-
lebraba la fiesta de su patrono, estaba muy
lucido y mucho mas lo estaban algunas jó-
venes que habian acudido á la fiesta. ¡Ah!
y cuanto me acuerdo de aquel día! Habia
asistido á la funcion mi primo Mr. Beau-
ry acompañado de otro joven de pequeña
estatura, y que me gustó luego por su ca-
rácter y por sus modales. Su color y la vi-
veza de sus miradas denotaban predominar
en él el temperamento bilioso que siempre
presupone en los hombres mucha sensibi-
lidad y constancia. Se juntaron á nosotras
y nos acompañaron, desde entónces siem-
pre ha frecuentado nuestra casa; á poco
tiempo dijo me amaba. Sentí entónces en
mi interior una cosa que halagaba mi amor
propio y me envenecía al mismo tiempo.
¡Ah! eran los preludios de una passion, era
el amor naciente, al que me entregué des-
de luego sin cálculo ni artificio, sin otra
guia que mi corazon y mis inspiraciones.
Decidme, ama; si es que habeis amado ¿no
es verdad que son agradables los ardores de
la primera llama? ¿No son bien dulces las
primeras palpitaciones del pecho? ¡Ah! Te-
resa vivia entónces en un mundo descono-
cido lleno de ilusiones y de porvenir. ¡Oh!
y cuan dulce era entónces el vivir. Estos
dias se han pasado ya, pero en cambio se
ha fortificado mi amor, y si no es tan
risueño, es á lo ménos mas constante y
duradero. Tambien S... me adora. He aquí
porque no puedo amar á Gerardo.

Con todo, debeis observar con él otras
atenciones; cuando en el dia de vuestro pa-
trono os presentó aquel ramillete tan gran-
de y variado se lo admitisteis con afabili-
dad y cuando estuvo ausente repartisteis
las flores entre vuestras compañeras, ha-
ciendo alarde del pobre joven; tan extraño
proceder era mas digno de aquel otro que
os quitara la trinitaria de la boca.

Ama, no aborrezco á Gerardo, le apre-
cio, pero no me habeis mas de él.

III.

UN WALS.

Era una noche de Junio; el reloj de S. Dionisio había sonado por diez veces; la reina de los trovadores continuaba su carrera; su luz melancólica iluminaba las desiertas calles de París, sus habitantes gozaban de un descanso apacible. Reinaba en la ciudad un profundo silencio que solo era interrumpido por una multitud de coches, que todos iban á parar á la plaza del Douleurs.

En uno de estos coches era arrastrado con mi amigo Gerardo. Llegamos á casa de los señores de M..... habiase celebrado el enlace de su segunda hija.

Ya el grande salon estaba iluminado y todo preparado para el baile. Las bellas formando coros, y sonriéndose á las quejas de los elegantes aguardaban con impaciencia el momento de distinguirse.

Yo que tengo las piernas harto pesadas para mezclarme en las diversiones de Terpsicore era un mero espectador en un baile tan lucido. Dos objetos se llevaban toda mi atencion; el uno era la hermosa Azucena, que mas bella que las odaliscas del Oriente, pudiera compararse á las Huries del Profeta. El otro era mi amigo, que, desprendido de su primer amor, bailaba un wals con su muger, que es una hermosa Americana.

Abenazir.

UN HOMBRE ATROZ.

I.

Un dia me enseñaron en las Tullerías un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, que estaba viendo jugar á unos niños con muestras del mayor placer. Aquel hombre, sentado en un banco, con el baston entre las piernas y la barba apoyada en ambas manos, en la actitud de contemplador, parecia la dulzura y la mansedumbre personificadas. El vértice de la cabeza estaba casi enteramente despojado de cabellos, y algunas arrugas surcaban sus mejillas, sus sienes y su frente. Pintábase la bondad en sus gestos, y su traje elegante y patriarcal á la par.

—¿Ves aquel caballero? me dijo un amigo que me acompañaba, pues es hombre atroz.

—¡Bah! repuse yo riéndome.

—Es la pura verdad, replicó mi interlocutor, ¿quién había de creer que una fisonomía tan respetable, tan balagüesña, sirviese de máscara al alma mas feroz, mas negra?...

—¿Qué modo de exagerar!

—No por cierto. Ese personaje que allí ves ha asesinado á un hombre porque codiciaba su muger. La hacienda la ha doblado en su poder, y en cuanto á la muger, la pobrecilla murió de pesadumbre.

—¿De veras?

—Te lo aseguro. Es uno de estos hombres honrrados á quienes todo el mundo quiere bien, cuya bondad es generalmente admirada. Pero asi que penetra en el umbral de su casa, el personaje ficticio desaparece, y no queda mas que un quidam muy mal humorado, muy fastidioso y muy soberbio.

—Grave es esta acusacion por vida mia, y permíteme que la dude por un momento. No se mata á un hombre sin que la policía intervenga; y si las mugeres se van al otro barrio, tanta culpa tienen los amantes como los maridos. ¿Pero podrías decirme el nombre de ese á quien tú llamas monstruo?

—Se llama M. Sorlin, y pertenece á una de nuestras mas antiguas familias parlamentarias.

¡Sorlin! Entónces me acordé de haber oido pronunciar este nombre en la tertulia de Madama de Lerins, donde se reúnen cada quince dias algunas mugeres amables, algunos diputados, varios empleados, y una docena de bailarines, jugadores de ecarté, &c., muchache indispensable de toda tertulia. El tal M. Sorlin me había parecido muy bien quisto de la señora de la casa, quien le citaba con placer á cada instante proponiéndole como un modelo á todos los hombres de estos tiempos. Este entusiasmo formaba singular contraste con las palabras de mi amigo, y resolví averiguar á todo trance aquel misterio.

El Lunes siguiente no falté á la tertulia de Madama Lerins y á poco de entrar yo, anunciaron á M. Sorlin. Era él en efecto, reconocí á mi hombre de las Tullerías, á mi complaciente señor, el de las miradas dulces y tranquilas. Unicamente con

verle me sentí aficionado á él. Y qué, digo para mí, ¿es este hombre á quien se supone un malvado? ¿Esa respetable cabeza, ese venerable continente, esa masedumbre, esa calma, todo ha de ser una monstruosa impostura, una mentira! No, mi amigo se ha equivocado. La calumnia atacará tal vez á M. de Sorlin como ataca á todo el mundo. ¡Pero vayan con mil diablos todas esas miserias humanas! Yo prefiero creer lo que veo; prefiero creer en la bondad, en la delicadeza, en el honor, en las virtudes filantrópicas de ese buen señor de Sorlin. Un hombre que se complace en ver jugar á los niños no puede ser un malvado...

... en el mismo instante se me vino á la memoria el recuerdo de Luis XI. También aquel sombrío monarca se deleitaba con los juegos de los niños. Confieso que esta reminiscencia histórica perjudicó en mi imaginación á M. Sorlin, y formé el propósito de no juzgar sino con pruebas convincentes y me dediqué á estudiar á aquel hombre.

Durante la noche, se manifestó lleno de urbanidad y gracejo: hombre de mundo y hombre de talento á quien Madama Lerins agasajaba siempre con distinción.

Después de hablar de cosas indiferentes, se fijó la conversacion en un negocio del tribunal de Assises, que hacia entónces mucho ruido. Se trataba del asesinato de una muger que habia desaparecido diez años hacia, y á quien al cabo de este tiempo se habia encontrado enterrada en su jardin, y rodeada al cuello todavía la cuerda con que habia sido ahogada. Dos hombres comparecieron ante el tribunal acusados de este horrible asesinato, dos hombres de caras atroces, el uno pálido tirando á verdoso, el otro de rostro sanguíneo y granujiento. Uno que los habia visto hizo el retrato mas espantoso de ámbos criminales.

—Figúraos, señores, dijo al concluir, la perversidad personificada, el vicio y el crimen en forma humana, dos cabezas de réprobos, dos fachas de asesinos....

M. Sorlin reprimió una sonrisa, é interrumpió dulcemente al narrador.

—¿Con qué, según vos, es indispensable ser de horrible catadura para figurar con ventaja en los bancos del tribunal de Assises? ¿Una mala cara es acaso indicio infalible de un alma vil? Permitidme que

diga, que semejante juicio es poco equitativo á mi entender; y yo, por mi parte, estoy persuadido de que un exterior amable y seductor puede servir de máscara al alma mas criminal.

Esos signos que tan evidentes se suponen, son diagnósticos harto engañosos, y sus peligros tendria el consultarlos. Ciertamente que quedaria bien simplificada la policia si el monopolio de las malas acciones estuviese reservado á las malas caras; porque entónces con encerrar en la cárcel á todos los feos estaban estinguidos los crímenes. Pero ¿á donde iriamos á parar, sancionada semejante preocupacion, que es obra de nuestro orgullo? ¡Ah! señores, cuan equivocados estamos el creer cada uno de nosotros que él solo posee las bellas cualidades y las nobles virtudes. Entre en cuentas cada cual consigo mismo, examine sinceramente y con cuidado cada minuto de su vida, recorra atrevidamente los abismos de su alma, y veamos si vuelve del fondo de ese océano sin algun rubor en la frente. Yo aseguro que todos sin excepcion hemos cometido ó ayudado á cometer alguna accion criminal, vergonzosa. Sostengo que todos por el pensamiento somos mas ó menos dignos de un presidio y el mas virtuoso de nosotros, hubiera como Mabet, asesinado veinte veces á Duncan, si hubiese podido.

Hay momentos en que el hombre no es dueño de sí mismo, y el verdaderamente irreprochable es el que nunca ha sucumbido á la tentacion.

El mas profundo silencio reinaba en torno de Mr. Sorlin: él notó que le miraban con asombro, y sin duda con objeto de completar su obra añadió.

—Y yo el primero, señores, yo que ahora estoy declamando...

Al llegar aquí, Madama de Lerins soltó una estrepitosa carcajada.

—Señora, ¿que tiene de particular este aserto? ¿Acaso me haciais el inmerecido honor de suponerme perfecto? No todos me tienen en tan lisongera opinion.

—Vaya, vaya, continuó riendo Madama de Lerins. ¿Vais á calumniaros, á haceros el malo, M. Sorlin? pues tened entendido que no se os creerá.

—Tanto peor, señora; porque la verdad es que yo no valgo mas que otro, y esto puedo probarlo en el acto.

—Corriente, aceptamos; referidnos pues

tros crímenes, y pasaremos el rato divertidos.

—Con mucho gusto, señoras, pero al fin de la jornada me direis si era el caso para risa.

—El círculo de concurrentes se estrechó y M. Sorlin comenzó en estos términos.

II.

—He tenido la fortuna ó la desgracia de mantenerme siempre soltero...

Con estas pocas palabras M. Sorlin desahacía la acusacion que algunas personas caritativas ó mal informadas habian fulminado contra él. Era bien palpable que un hombre que no se habia casado, no podía matar á su esposa á pesadumbres. Entónces tuve lástima de aquel pobre hombre, tan injustamente acusado, y maldige en mi interior al amigo que tan mala opinion me habia hecho formar.

—El celibato tiene sus contras, continuó, pero tambien tiene sus placeres; yo hasta ahora estoy contento con esta vida, y probablemente no pensaré en tomar otra: ademas, una circunstancia de la historia os manifestará la necesidad que tengo de permanecer soltero.

En este momento un hermoso jóven de unos quince años que estaba entretenido en examinar las páginas de un magnífico album, dejó de repente aquella ocupacion y corrió á abrazar á M. Sorlin, quien interrumpió su relacion sonriéndose.

—¿Qué quieres Jorge?

El pobre niño desconcertado no supo qué contestar, y se quedó suspenso y encarnado como la grana.

—¿Qué hay? repitió M. Sorlin con bondadoso acento.

—Nada, papá, creí que me llamabas.

Todos se miraron unos á otros. Los informes que yo deseaba saliesen calumniosos volvieron otra vez á presentarse á mi imaginacion y comencé á dudar formalmente de la virtud de M. Sorlin.

—No, Jorge, no te he llamado, pero mira, hijo mio, ya es bastante tarde y mejor es que te retires con Antonio. Vamos, Jorge, saluda á estas señoras y dame un beso; adios, hasta mañana.

Jorge salió, y M. Sorlin anudó con la mayor naturalidad el hilo de su narracion interrumpida por la salida del jóven.

—Mi juventud, señoras, ha sido laborio-

sa y acibarada con no pocos pesares. Educado por mis honrados, pero vanidosos padres, que querian hacerme útil para todo resultó que no serví para nada. Empecé muchas carreras y no acabé ninguna. El comercio me apesataba á causa de su sequedad y de sus cifras; el foro me aterrabá. El estado militar no dejaba de gustarme, pero mi constitucion enfermiza no me permitía cargar con un fusil, y tuve que renunciar á ser un héroe. Desde la cumbre de mis agradables ensueños me desplomé, señoras, sobre el tintero paterno. No hay que reirse, pues lo que digo es la pura verdad, porque mi padre era notario y notario de provincia. Sucederle en su destino era una perspectiva que me helaba de terror, y despues de algunos meses de reclusion forzada en el cuarto de estudio, me decidí á sacudir mis cadenas, aunque ya algo tarde, porque en dudas y en mudanzas se habian pasado mis mejores años y me encontraba con treinta otoños encima y sin oficio ni beneficio. Asi pues, acalorado, tomé una resolucion de muchacho y me escapé de la casa paterna.

Metíme en la diligencia de Paris, que afortunadamente llevaba un asiento vacío y héteme repantigado en el carruage, junto á un viajero rechoncho, que, segun supe despues era un diputado. Entablamos conversacion, me hizo mil preguntas, y mis respuestas le interesaron.

A la quinta parada, se acercó un gen darmé al coche y nos pidió los papeles.

Cada viajero exhibió su pasaporte, y cuando me llegó á mi el turno de presentar el mio, vacilé, me avergoncé, y apenas pude articular palabra, conociendo el peligro en que me encontraba.

Mi vecino advirtió mi turbacion y contestó por mí al agente de la fuerza pública.

—Este jóven no necesita pasaporte. Es un criado mio.

El gen darmé se lo creyó bucnamente y nos volvió la espalda.

¡Su criado! haberme hecho pasar por criado, y yo no habia desmentido tan humilde calificacion! habia aceptado el insulto, sin dar otra respuesta que el rubor que abrasaba mi frente!

Resigneme á beber aquel primer cáliz y dominé lo mejor que pude la vergüenza y la cólera que hervian en mi corazon proponiéndome vengarme algun día de mi

desconocido y del favor que acababa de hacerme.

Ya veis en mí, señoras, un buen fondo de perversidad.

Hicimos alto en Lyon, y mi diputado, llamándome aparte, me dijo.

—¿Sabéis, amiguito, que no es muy prudente viajar sin pasaporte? Si yo no me hubiera dado prisa á contestar por vos...

—¡Oh! sí, sí, le interrumpí amargamente, os disteis mucha prisa á tomarme á vuestro servicio...

—¡Eh! perdonad, dice lo primero que se me vino á la boca; ya se ve... la precipitación... pero quise decir mi secretario. Mirad lo que espresa mi pasaporte. «Déjese circular libremente de Valence á París á M. Dusillet y su secretario...»

—¡M. Dusillet! repuse sorprendido: ¿con que sois?...

—El diputado de la Drome. Voy á París, mas por mi gusto jamas saldria de mi provincia. ¡Pero como ha de ser! mi muger, mi querida Irma gusta de esa agitada vida del gran mundo; y no es decir que sea una muchacha; porque ya pasa de la edad de Cristo, pero no representa arriba de veinte y cinco años. ¡Oh! es encantadora... ¡y vos, amiguito, pensais estableceros en París?

—No sé todavía...

—¡Hola! no sois indiscreto.

—Os aseguro que no sé formalmente lo que la Providencia dispondrá de mí, y aun cuando...

—¡Bah! ¡bah! no me vengais á mi con esas medias palabras. Hay cierta especie de discrecion que procede del orgullo, y que generalmente no nos aconseja mas que tonterias. Por ejemplo, ¿qué sacais en encubrirnos á mí que soy un hombre de bien? ¡Mí contra uno pueden apostarse á que estoy en disposicion de servirlos en algo, ¡y ya habeis visto como desde el primer momento no he titubeado en salir por vos, porque vuestra facha me ha petado y me alegraría ¡vive Dios! de conservaros á mi lado. Somos compatriotas, ¿no es verdad?

—Si señor.

—Tocad esos huesos. ¿Habeis estudiado? Soy bachiller en leyes.

—¡Olá! ¿legista, eh? perfectamente; eso puede servir de mucho. ¿Queréis que os recomiende á un abogado amigo mio? Si os dedicais al foro, el os proporcionará causas y...

De este modo continuó charlando largo rato mi interlocutor. Apenas me dejó hueco para soltar un sí ó un no á sus reiteradas proposiciones y ofertas, y como le dejé saciar su sed de hablar, quedó satisfecho de su nuevo criado.

Llegamos de noche á París, y ántes de apartarnos, me estrechó M. Dusillet la mano afectuosamente.

—Escuchadme, dijo, dejando por un momento su habitual jovialidad. Sois poco comunicativo, amiguito, y no puedo deciros que haceis mal porque supongo que tendreis vuestras razones. Pero no podeis ocultar que un secreto torcedor os atormenta, no sé si por lo pasado ó por el porvenir; pero sea lo que quiera, tened entendido que si llega á sucederos alguna desgracia podeis acudir á mí con toda franqueza. Os he propuesto ser mi secretario; no habeis admitido sin duda por...

—¿Me lo habeis propuesto?...

—Me parece que sí.

Lo que yo sentí en aquel momento, jamas acertaré á explicarlo. Era un combate extraordinario, combate de los sentimientos mas opuestos y en el que quedó triunfante el orgullo. Dirigí algunas frases cortadas de agradecimiento á mi generoso protector, forjé algunos pretextos necios, algunas excusas y... en una palabra, rehusé.

Sí, señores, al principio de mi vida aventurera, á mi entrada en aquella inmensa ciudad, un hombre benéfico me alargó la mano y me ofreció á su lado seguridad y pan... ¡y yo rehusé! al dar el primer paso en el mundo tropecé con el objeto apetecido por tantos otros, un destino... y me aparté y seguí adelante como un orgulloso, como un necio. Me imaginé que era mucho mejor permanecer libre, independiente. ¡Como si en este mundo fuese alguien libre!

M. Dusillet oyó mi negativa sin incomodarse, y estrechándome la mano con mas energía;

—Adios, me dijo, adios; no olvideis lo que os he dicho.

Al mismo tiempo me dió las señas de su casa, y desapareció.

III.

A la curiosidad que me habia llevado á París sucedió un sentimiento mas sério.

No entré ahora señoras, en la narración de los percances que me acaecieron; las novelas han presentado muchas situaciones análogas, y la repetición de las mismas aventuras os fatigaría. Me encontré solo y perdido en medio de aquella multitud indiferente y atareada, cuyo tumulto y torbellino me abrumaban. Cada día me arrancaba una ilusión de la cabeza y un escudo del bolsillo, y á aquel paso no podían tardar en quedar vacíos uno y otro. Terrible convicción de que yo procuraba distraerme, y que nunca apartaba de mí mente. Al fin asomé la asquerosa cabeza de la necesidad, y desaparecieron como por encanto los mil francos que yo había sacado de mi casa y que me parecían una riqueza inagotable. Era ya urgente tomar una determinación decisiva: con mi padre no podía contar, porque mi huida le había irritado; entonces me acordé de M. Dusillet, y busqué con afán las señas de su casa, corrí á ella, pero... había partido para Suiza.

Un amigo de colegio, que encontré casualmente, me habló de un rico comerciante que buscaba un dependiente, y fui á presentarme á él. Este empleo, por miserable que fuese, siempre me serviría para salir de apuros y esperar otra coyuntura. Pero en vez del comerciante pomposamente anunciado, encontré un tendero de los más prosaicos, de los más tacaños, que habló de informes, y de yo no sé que otras cosas. Sin embargo, en un punto quedamos acordados, y fué cosa extraña! en la paga. El comerciante me propuso una cantidad que acepté.

—Mil y quinientos francos al año, dijo recalando cada sílaba.

—Bien, le contesté con indiferencia.

—Es la tarifa de mi casa, continuó.

—Acepto.

—No es demasiado, repuso sonriéndose.

—Es suficiente.

—Eso me gusta, joven, me alegro de que penseis con tanto juicio. Yo temía que os pareciese una suma demasiado crecida... Sorprendido de estas palabras me quedé mirando fijamente dudando si hablaba con formalidad. El me miró también, y en nuestra sorpresa recíproca comprendimos que nos habíamos equivocado uno y otro. Algunas palabras completaron la explicación.

Lo que él me proponía no era sueldo

sino una suma de mil y quinientos francos que yo había de dar anualmente al bueno del hombre, interin me iniciaba en los más recónditos secretos de la ciencia del comercio.

Este gracioso quid-pro-quo me hizo reír un poco, y me largué sin acomodo y sin esperanza.

IV.

El resto del día le pasé preguntándome á mí mismo qué partido podría tomar. Vagando de calle en calle sin objeto fijo, y leyendo las muestras y carteles, me sorprendió la noche, pero tal era mi aturdimiento que no lo advertí, seguí adelante, mortificado por mis melancólicos pensamientos.

Así llegué á una calle aislada del barrio de San German, Ignoro la hora que sería, pero lo cierto es que de repente llegó á mis oídos un ruido confuso de gritos y juramentos. Detúveme delante de una casa, de mediana apariencia y presté atención: no me engañaba: era en efecto un clamor sordo y lúgubre. Parecía una horrible disputa entre un loco y un moribundo, en la que uno ahulla y el otro agoniza... Poseído de terror, quedé clavado en aquel sitio, y en medio del silencio que reinó por algunos momentos, me pareció oír pasos violentos que se acercaban á un balcón del primer piso, y los últimos esfuerzos de una lucha desesperada.

—Terrible aventura nos promete ese principio, interrumpió Mad. Lerins.

—No os riais, señora, continuó el narrador, las consecuencias de esta historia han sido terribles.

En medio de aquellos sacudimientos, resonó un postrer grito de angustias y de agonía que pintaba con espantosa energía toda la fuerza, toda la desesperación de la miserable criatura que clamaba: socorro!

Esta voz me decidió al momento. Corrí á la casa de donde salía el ruido, y trepando por una reja, me encaramé con instantánea rapidez á un balcón, desde el cual presencié una escena extraordinaria.

Un hombre de mediana estatura, pero de formas atléticas, estrujaba entre sus brazos á otro de frágil contestura, cuya cabeza y brazos pendían casi inertes. En un rincón de la estancia, una muger, tendida en el suelo, se golpeaba el rostro, pidiendo socorro con voz débil, y arrojando lastimeros sollozos.

Aquella muger columbró la sombra de un hombre en el balcón, y reuniendo las

pocas fuerzas que le quedaban, señaló con ambas manos al grupo que se acercaba paso á paso hácia mí.—Salvadle, gritó, y abateda por aquel esfuerzo, cayó sin sentido.

Entónces comprendí que la intencion del mas fuerte de aquellos dos hombres era tirar á la calle á su adversario. Permanecí, pues, en el balcon, resuelto á sostener hasta el fin el papel que por casualidad representaba en aquel drama terrible.

Se acercaba el momento decisivo, y no tardó en llegar.

Uno de los antagonistas levantó en alto al otro, y este, en el momento de pasar por encima de la barandilla del balcon, tropezó conmigo. Entónces cogí yo en brazos la víctima y saltando el balcon la conduje al rincon de la estancia donde yacia la dama desmayada.

—¿Qué demonios es eso? ¿quién sois? exclamó una voz ronca.—Y ví distintamente al atleta que me buscaba con avidez en medio de la oscuridad.

—¡Fuera de ahí! gritó fuera de sí: ¡fuera de ahí el que sea, si no quiere salir por el mismo camino que iba á llevar el otro!—Y al mismo tiempo abrió una puerta y me señaló la escalera con un gesto espresivo.

Yo le entendí, pero no quise obedecer, y acercándome al jóven que yacia en el suelo, sin movimiento, me crucé de brazos y desafié al enemigo.

El maldito se precipitó sobre mí de un salto, pero yo, conteniéndole con ámbas manos; le dije:

—Caballero, hagamos un trato. Os proponiais hace un momento tirar á este infeliz por el balcon y á mí por la escalera..., pues bien; hay un medio para que quedeis libres entrambos...

—¡Como!

—Ese jóven está desmayado, y si le sostenemos uno de los pies y otro de la cabeza, en un momento le bajamos á la calle. Despues yo me encargaré de él. ¿Qué os parece mi proposicion?

El desconocido se puso á reflexionar.

—Decidíos, le dije, porque tengo prisa y os importa aceptar pronto: sino, con una voz que dé acudira la justicia, y veremos si se arroja á un hombre á la calle impunemente.

—No es eso lo que yo temo, contestó mí feroz interlocutor con acento sombrío.

—Si no apreciáis la libertad, al ménos apeteceis el honor.

—Vamos á ver, dijo acercándose á mí, ¿qué deseais?

—Salvar á ese desgraciado, ya lo he dicho. Si accedeis, ofrezco olvidar el nombre de esta calle y el número de esta casa.

—¿Lo prometéis?

—Lo juro.

—Entónces bien... manos á la obra, por que sinó, Dios sabe si mudaré de intencion.

Levantamos al amante (porque las apariencias le acusaban de tal) y le sacamos á la calle: el aire libre le reanimó, y enderezándose miró en torno suyo.

—¡Salvaos! le dije al oido.

Se levantó y titubeó al parecer.

—¡Dejarla con ese hombre! abandonarla cobardemente!... la matará....

—Ya lo veis, dijo entónces el marido, el es el que no quiere.... espera miserable, ahora verás....

—Huid, repetí, yo cuidaré de ella.... marchad.

Esta vez siguió mi consejo y echó á correr. El marido dió tras él, y en pocos momentos traspusieron entrambos la esquina. ¿Qué resultaría de aquella encarnizada persecucion! No sabiendo qué resolver, permanecí indeciso algunos instantes; pero al fin me acordé de que habia dejado desmayada y moribunda á una pobre muger. Este pensamiento triunfó de todos los demas, y subiéndome aceleradamente la escalera, me precipité en la estancia.

La desgraciada comenzaba entónces á volver de su doloroso síncope, y corrí á ella para ayudarla á levantarse. Así me descubrió.

—¡Ah! caballero, exclamó ¿donde están?... ¿Qué es de mi marido? ¿Qué es de mi hijo, de mi pobre Julio? ¿Qué es de ahí!... Ah! corred por Dios, traédmele.. ¡que yo lo vea!.. ¡que yo le defienda! ¡desgraciada! ¡desgraciada!

Y mirando en seguida en su derredor, con una espresion indifinible de delirio y de inquieto estupor,

—Ha entrado armado: yo le he visto acercarse á paso de lobo, mientras mi hijo me daba el abrazo de despedida.... y no grité... no pude hablar porque tuve miedo.... ¡Ah!

Corrió al balcon lanzando un grito, y miró hácia abajo maquinalmente, como si esperase encontrar alguna cosa horrible, tal como un cadáver, ó al ménos manchas de sangre.

—¿Qué habeis hecho de mi hijo? me preguntó de nuevo la pobre muger con ter-

rible impetuosidad. Despues de algunos momentos de silencio. ¿Dónde está mi hijo? ¿no podré saberlo?

Está fuera de peligro, señora, contesté. Ya estará lejos de aquí: se ha salvado.

—Gracias, Dios mio; gracias. Pero ¿estais seguro de que se ha salvado ¿no me engañais?

—Yo mismo he protegido su huida.

—Pues ¿y el otro no está aquí?...

—Se me ha escapado.

—¡Maldito mil veces seas! ¿le has dejado huir? ¡miserable de mí! ¡Y mi hijo, mi pobre hijo!

Estas exclamaciones me sumian en un mar de confusiones. Era en realidad una madre que temia por la vida de su hijo, ó una amante desesperada que se estremecia de los peligros que amenazaban á su amado. Perdido en mil reflexiones contradictorias, apénas acerté á coordinar algunas frases consoladoras para mi desconocida.

—Señora, la dije, en nombre del Cielo os suplico que no os aflijais de esa suerte. Los dos han huido por caminos opuestos, y mucho tiempo ha de pasar ántes que se encuentren. Pero ahora lo que importa es que os salvéis vos. Vuestro esposo volverá pronto, ¡y quién sabe adonde podrá llegar el furor de ese hombre! Creedme, señora, y venid conmigo: Yo me ofrezco á defenderos, á protegeros.

Sus rasgados ojos negros, que se fijaron en mi lángidamente, me anunciaron que aceptaba mi oferta y la ofrecí mi brazo para conducirla á mi casa, donde la instalé en mi aposento, no sin haberme dirigido á mi mismo repetidas veces esta observacion.

—¿En qué romántico laberinto me he metido?

V.

Al dia siguiente referian los periódicos el hecho siguiente.

«La noche pasada se ha cometido en el puente de Nuestra Señora un crimen atroz. Un jóven de unos diez y siete años ha sido precipitado en el rio, muy rápido en esta parte, y se ha despedido contra las vigas de la bomba, el cuello y los puños tienen señales que manifiestan haber precedido á su muerte una lucha encarnizada. Se ha encontra-

do sobre el cadáver algun dinero, alhajas y un reloj. Su ropa interior estaba marcada con las iniciales J. V. No hemos podido recoger mas datos acerca de este asesinato, resultado al parecer de una venganza particular. La justicia trabaja, y esperamos que no se tardará en descubrir las huellas del asesino.»

Oculté cuidadosamente á mi desconocida el secreto de esta tenebrosa catástrofe porque semejante revelacion la hubiera causado la muerte. Una violenta calentura la tenia en cama y mientras su situacion fué de peligro no salí de casa. Poco á poco mi asiduidad conquistó la confianza de la enferma y supe que ántes de casarse con el celoso Irma (así se llamaba) habia tenido como tantas otras, una «aventura.» De esto hacia ya muchos años y Irma no se habia atrevido á confesar á su esposo su error, ocultando en el misterio la existencia de Julio. El niño habia llegado á hombre, y sus secretas entrevistas le habian hecho aparecer como un amante.

VI.

Ya he dicho que mi caudal disminuiera del modo mas alarmante y con la aventura habia acabado de agotarse. Reducido á buscar recursos, puse en juego todos los resortes de mi imaginacion; pero nada se me alcanzó. Me encontré mas solo que nunca y aislado en un pueblo inmenso.

Al fin me acordé de que M. Dusillet (mi protector de la diligencia) estaria ya de vuelta de su viage á Suiza, y corri á su casa.

—¿Pues qué no sabeis, me dijo el portero, la desgracia que le ha sucedido al amo?

—¿Qué desgracia? pregunté.

—Que el pobre señor está loco: ¡leco de atar! y todo en quince dias...

ya se ve, es tan frágil la cabeza de un hombre... su esposa no le amaba y estaba engañando al pobrecillo. Por eso dijo el amo que se iba á Suiza; pero por supuesto se quedó escondido y entonces lo vió todo. Entonces se le fué la cabeza á pájaros, y se volvió loco rematado.

—¿Y donde está?

—En Montmartre, en casa del doctor B... corri al sitio indicado y encontré á M. Dusillet destilurado por la violencia de sus pesares.

Así que me columbró:

—Ola amigo ¿sois vos? cerrad esa puerta. ¿Supongo que no os habrán visto entrar? bien, me alegro.... ¿No os ha seguido nadie? ¡ah! si supiéseis... Y rompió á llorar.

—Sin duda me habreis juzgado en otro tiempo como todo el mundo, continuó y guiado por mi aspecto me habreis creído un pobre diablo, tranquilo y de buen humor. En efecto, así era yo cuando me visteis, pero despues... despues! escuchad y me compadecéreis.

He nacido infeliz. Al venir al mundo corté la vida á mi madre... Mi padre, hombre duro y arrebatado me echó su maldicion cuando murió mi madre.

Una noche que volvia mi padre del juego, donde habia perdido el último doblon, se acercó á mi cuna mientras yo dormia. Cargó una escopeta, la montó, la puso al alcance de mi mano, cojió la estremidad del cañon entre los dientes y esperó. Yo desperté ajitándome y llorando. Tocó mi mano el resorte, violenta detonacion conmovió la casa, hizo ahullar á los perros y acudir á los vecinos. Mi padre estaba en tierra, sin movimiento, con el cerebro destrozado. Yo le habia muerto, yo mismo. Me habia hecho parricida ántes de hacerme cristiano y me encontraba bañado en su sangre.

El agua de mi bautismo fué la sangre de mi padre.

Desde entonces, señor, he vivido maquinaalmente tratando de olvidar estos sombríos presagios y ocupado todas mis horas para no tener nunca ocioso el pensamiento. Con esta vida he llegado á reunir una gran fortuna: ¿pero de qué me servia ser rico? Mi frente estaba marcada con la señal de Cain, y nadie se dignaba admitirme á su lado.

Solo siempre, por distraer el negro pesar que me roía el corazon, he buscado los peligros en los campos de batalla, he servido á las órdenes de Napoleón. Pero en pago de tantos peligros de tanta sangre derramada, he aquí lo que he ganado ¡una cinta!

Retirado á la vida civil quise crear-me ocupaciones, quise casarme; pero las mugeres que se apasionaron de mi fortuna me disgustaron del matrimonio. Y sin embargo temia la soledad mas que todo, y me enamoré perdidamente de una actriz; aquella muger, recogida á la ventura en un teatro, fué para mí un ídolo, el cielo, el paraíso. ¡Ah! ¡Era Irma tan hermosa!

Este nombre de Irma me hizo estremecer, porque precisamente se llamaba del mismo modo mi heroina. Disimulé sin embargo mi sorpresa y M. Dusillet continuó.

—Era Irma tan bella, tan pura y melodiosa su voz ¡ah! caballero, nada hay tan adorable en el mundo como una muger bonita, y una buena voz. Cuando Irma cantaba todo se animaba, todo se transfiguraba en torno mio. Las notas brillantes ó tiernas que brotaban de sus labios hacian vibrar una cuerda misteriosa en el fondo de mi corazon. Sentia que poco á poco iba desapareciendo la mancha original, la mancha de sangre impresa por mi padre. Aquella voz amiga me rejuvenecia, y como á Saul, me

apaciguaba con el sonido de aquella bar-
pa consoladora.

Pero ¡ah! el Cielo es harto avaro de las horas de reposo que nos concede. Nos las cuenta á su pesar, y es una demencia de nuestra parte fiarnos en su favorable perseverancia. Mientras mi alma se tranquilizaba, mientras yo me dejaba arrastrar por el pacífico deleite de las lágrimas y del olvido, mientras confiaba en los atractivos de una nueva existencia... ¡ah! ¿sabeis, sabeis como pagaba esa muger mi ternura, como agradecía mi amor? Porque Irma llegó á ser mi esposa, mi ídolo, mi único bien.... ¿sabeis cómo recompensó el nombre que yo la daba?... con el deshonor!...

He descubierto pocas semanas ha que mi muger era infiel... Cuando volví de Valence mi muger me esperaba, y supe que durante mi ausencia habia recibido las visitas de un jóven... Me estremecí... ¿Pero qué hubiera ganado con una espiliacion? Me pareció mas oportuno esperar para cerciorarme de mi desgracia, y una mañana que salió muy temprano...

—¿Mandásteis seguirla?

—La seguí yo mismo... la seguí á lo léjos, y favorecido por la niebla, la ví dirijirse hácia Port-Royal... Allí se detuvo indecisa... ¡Dios mio! ¡qué ideas tan ridiculas se me ocurrieron entonces! Creí en la posibilidad de un remordimiento... y ya corría á impedir la ejecucion de algun designio fatal, cuando ví á Irma decidirse de pronto y continuar su camino hácia la calle de Bac. Echar tras ella, y alcanzarla, todo fué obra de un instante. La detuve, y asiéndola del brazo la pregunté imperiosamente qué negocio tan interesante la precisaba á andar por la calle á tales horas. Miróme fijamente sin turbarse, y me contestó que un deber sagrado exigia de ella que saliese sola y sin mi noticia. ¡Un deber! exclamé: esplicadme ese enig-

ma. A su tiempo lo salreis, contestó ella, cuando esteis mas tranquilo os revelaré un secreto que he tenido oculto hasta ahora. Ya conozco ese secreto, la repliqué: se trata de un jóven que habeis recibido en mi casa en mi ausencia, y á quien ahora ireis á buscar.... Estas palabras hicieron palidecer á Irma y articuló una frase inconexa. ¡Marchad! la dije entónces, y conducidme á casa de ese hombre. Pero ella volvió pies atras, y apartandose me dijo: ¡jamás!

Muy iritado estaba, y sin embargo, al escuchar aquella negativa, supe contener mi cólera: despues, al llegar aquí, bajó M. Dusillet la voz.

—Despues, como conocí que Irma era capaz de atentar contra su vida si yo persistia en querer hacerme obedecer, me dominé y fingi contentarme con la promesa que me hizo de que ántes de un mes lo sabria todo; empero mis sospechas no cesaron de acosarme; espí, velé sin descanso, y conseguí descubrir.... ¡oh! poca cosa, verdad es.... una carta, una carta firmada por Julio V.... A poco tiempo sorprendi una conversacion misteriosa; una persiana que daba al jardin, se cerró precipitadamente al ruido de mis pasos: una sombra escaló la pared, y se escapó mi enemigo.

Pero juré encontrarle, y afectando una seguridad, una confianza, que estaba léjos de tener, me mantuve en observacion.

Una noche, á la salida de un concierto, tropezó conmigo un hombre delante del palacio de la condesa M.*** Me volví, y era un jóven; el mismo que habia escalado las tapias de mi casa, pues aunque nunca le habia visto, el temblor que se apoderó de mi me advirtió que no podia ser otro que mi enemigo. Sin embargo, tambien aquella vez se me perdió confundido entre el gentio.

Pero al fin le atrapé. Quince días

há les sorprendi en una cita, los espíe, y á la primera caricia que se hicieron me lancé en medio de ellos con frenética rabia... estrujé á mi rival con furor y quise deshacerle con mis pies... larga fué la lucha... muy larga, pero el perdía las fuerzas, y reuniendo yo las mías, quise arrojarle por el balcon; un nuevo obstáculo se me opuso, obstáculo que estuvo á pique de estorbar mi venganza. Mas le perseguí en la oscuridad, le alcancé en el puente de Nuestra Señera...

—¡En el puente de Nuestra Señera! exclamé petrificado. ¿Con que vos sois?...

—Sí, quien le mató porque me habia quitado el honor, y yo le quité la vida... ¡Ay! desde aquella noche fatal, he cesado yo tambien de existir; n.ís dias y mis noches son presa de un pensamiento único... La mancha original, la mancha de sangre de mi cuna, torna á aparecer sobre mi frente: y para colmo de desesperacion, Irma, la causa de todo, ha desaparecido. No he podido dar con ella... perdida, perdida para siempre. Pero al ménos tengo el consuelo de que no habrá huido con Julio. ¡Maldito rival!... Irma, Irma, ¿donde estás? ven, yo te amo todavia; tu crimen no ha podido extinguir mi amor. Me avergüenzo de cefesarlo, pero hallar á Irma, hablarla de mi ternura, perdonarla su traicion y arrojarla á sus pies, es el mas grato, el mas ardiente de mis deseos.

Así me habló M. Dusillet con penosa agitacion. Su rostro estaba inflamado, sus abatidos ojos habian recobrado un ardor casi juvenil y sus palabras se sucedían con impetuosa rapidez. Detuvo-se un instante para cobrar aliento; apoyó convulsivamente la cabeza en sus manos, y permaneció meditabundo.

De repente se levantó y mirándome con aspecto melancólico:

—Conozco que en adelante no será

mi existencia mas que una intolerable agonia: he resuelto terminarla. ¿Cómo os llamais?

Aturdido con aquella inesperada pregunta contesté maquinalmente: Santiago Alberto Sorlin.

—¡Ah! sí; ya me acuerdo. Gracias, dijo M. Dusillet, acercándose á una cómoda.

Sacó un papel, lo desplegó y llenó algunas líneas que tenia en blanco. En seguida le cerro, le puso una cubierta, y despues de sellar el pliego, escribió encima dictándose á sí mismo como si estuviera solo. Este es mi testamento.

—¿Vuestro testamento? exclamé ¿Habeis hecho testamento?

—Y os nombro mi heredero universal. Si señor, en medio de ese mundo, donde nadie me ha amado, me dirijo á vos conocido por casualidad y os pregunto: ¿Quereis ser mi heredero? ¿No respondeis? ¡bah! bien conozco que aceptais.

—Pero...

—Os lo suplico.

Y mientras hablaba, se entretenia M. Dusillet en montar y desmontar una pistola de arzon que habia sacado de la cómoda al mismo tiempo que el testamento. Con una mano me alargaba el papel y con la otra daba vueltas al arma, que estaba ricamente trabajada.

—No temais nada, dijo al ver que yo temblaba: este es un mueble de lujo, de simple precaucion... pueden perseguirme... he ahogado á un hombre...

—¡Habeis muerto á vuestro hijo! exclamé horrorizado.

—¿A mi hijo? repuso M. Dusillet con amargura, no he tenido hijo alguno... Dios me ha rehusado siempre esa ventura!

Entónces le repeti cuanto me habia revelado Irma sobre la existencia de aquel hijo, de aquel Julio tanto tiempo oculto, y cuyas secretas visitas habian despertado los celos del suspicaz esposo. Mientras yo

hablaba de este modo, M. Dusillet me miraba con estupor.

—¡Era su hijo! murmuró al cabo de un rato.

—Si, era Julio Vernaut! Leed, leed.

Saque del bolsillo un periódico y poniéndoselo delante: ¡leed! le repeti.

Leyó lo siguiente:

”La noche pasada se ha cometido en el puente de Nuestra Señora un crimen atroz. Un joven de unos diez y siete años, ha sido precipitado en el rio, muy rápido en esta parte y se ha despedazado contra las vigas de la bomba. El cuello y los puños tienen señales que manifiestan haber precedido á su muerte una lucha encarnizada. Se ha encontrado sobre el cadáver algun dinero, alhajas y un reloj; su ropa interior estaba marcada con las iniciales J. V. No hemos podido recoger mas datos acerca de este asesinato, resultado al parecer de una venganza particular. La justicia trabaja y esperamos que no se tardará en descubrir las huellas del asesino.”

Al mismo tiempo que M. Dusillet terminaba esta lectura se oyó ruido de pasos en la escalera.

—Ya están ahí, dijo aterrado: ya han llegado, ya suben.

—¿Quien?

—Los agentes de justicia. Vienen en mi busca. La suposicion ara tan natural que no supe que contestar, y poseido de un terror involuntario, me levanté para abrir.

En este momento sonó un tiro detras de mí: me volví y vi á M. Dusillet tendido, atravezada la frente de un balazo y con el testamento en la mano..

Confieso, continuó M. Sorlin, bajando la voz, que el pensamiento que me asaltó al ver el ensangrentado testamento no fué propio de un hombre de bien. No pude contener un movimiento de gozo infernal al recordar aquella herencia

que me deparaba un suicidio. Pero este sentimiento fué rápido como el rayo, y sin embargo duró lo bastante para que toda mi vida me avergüence de haberle experimentado. ¿No decía yo bien, señoras, que no hay nadie que no sea culpable de algun crimen ó accion vergonzosa?

VII.

No eran agentes de justicia sino el portero de mi casa que venia sofocado y jadeando á decirme que la señora estaba peor y deseaba verme.

Y en seguida acercándoseme al oído, me dijo el pobre hombre misteriosamente:

—El médico ha dicho esta mañana que no era cosa de cuidado la indisposicion.... sospecha que es un principio de embarazo.

—¿Qué decis! exclamó.

—¡Toma! que la señora está en cinta.

Me asaltó una idea repentina, recogí el testamento y me propuse servir de padre al niño, cuya fortuna estaba entre mis manos.....

Este juramento, pronunciado sobre un cadáver, ha sido religiosamente cumplido. A los seis meses dió Irma á luz un niño á quien llame Jorge. Ya le conozco. El cree que soy su padre, y no se desengañará hasta despues de mi muerte. En cuanto á Irma, vivió poco....

Los ojos de M. Sorlin se humedecieron, y despues de un instante de silencio añadió:

—Algunas almas caritativas me han atribuido la muerte de M. Dusillet y su viuda. Aun hay quien cree que tengo parte en el asesinato de Julio.... Dios se lo perdone. He callado hasta ahora porque me bastaba el testimonio de mi conciencia, pero al fin la verdad á triunfado.

Así hablo M. Sorlin, y desde entón- ces le miro con respeto y venerac on. Entónces el amigo de marras continúa en sus trece y le señala en todas par- tes como un hombre atroz.

ANUNCIO.

LA HOMEOPATIA,

PUESTA AL ALCANCE DE TODO EL

MUNDO,

por Luis Fleury,

Antiguo cirujano del hospital de San Lázaro, &c.

Opúsculo en cuarto que se vende al precio de ocho reales vellón en las librerías de Hortal y Compañía, Féros, Bosch y en todos los puntos en que se suscribe á la REVISTA MEDICA.

AL PUBLICO.

Desde principios del próximo mes, la REVISTA GADITANA se seguirá publicando con el nombre de REVISTA ANDALUZA, y con grandes mejoras así en la parte material y tipográfica como en la redacción.

La empresa se lisonjea de haber correspondido con sus esfuerzos á la excelente acogida que encontró este periódico; ningun otro de su especie reunió nunca en esta provincia un número tan crecido de suscritores.

Estamos autorizados para asegurar, que la empresa cuenta, no solo con la

cooperacion de los mas acreditados literatos de Andalucía, sino tambien con la de muchos de los mas principales escritores de la corte.

La REVISTA ANDALUZA insertará, pues, no solo las producciones de los actuales colaboradores de la REVISTA GADITANA, sino tambien otras muchas de los Sres. Morales, Santistevan, Pacheco, Castro, Martinez Cintora, Rivila, Garcia Tasara, Rios Rosas, y otros literatos de nombradía.

En vez de ocho pliegos de papel común, los suscritores recibirán mensualmente diez pliegos de papel marquilla, igual al de la brillante edicion del *Quijote*, que se está publicando en Cataluña.

No es nuestro ánimo explicar los obstáculos que ha encontrado hasta el dia la empresa de la REVISTA, y los medios con que actualmente cuenta para llenar con creces sus promesas. Todo esto será objeto de un nuevo prospecto que se está imprimiendo, y se repartirá muy en breve.

Por hoy nos limitaremos á decir, que los principales objetos de la REVISTA ANDALUZA son:

PRIMERO: demostrar la identidad de intereses comerciales y agricolas de estas provincias meridionales, y la necesidad que todas ellas experimentan de que se vean libres todos los ramos del tráfico y de la industria, de las trabas que hoy las oprimen y embarazan.

SEGUNDO: dar la mayor unidad que sea posible á los trabajos literarios de estas mismas provincias.

IMPRENTA DE LA REVISTA MEDICA, calle de la Torre, esq. á la del Jardinillo.